



bam
bú

Saboreando el cielo

Una infancia
palestina



Ibtisam Barakat

The book cover features a textured, light-colored background with a large, dark, abstract shape in the center. A small, detailed illustration of a butterfly is visible in the bottom left corner. The text is overlaid on the cover in various colors and fonts.

Editorial Bambú es un sello
de Editorial Casals, S. A.

© 2007 Ibtisam Barakat
Published by arrangement with Farrar,
Straus and Giroux, LLC, New York.
© 2009, Editorial Casals, S.A.
Tel.: 902 107 007
editorialbambu.com
bambulector.com

Diseño de la cubierta: Miquel Puig
Ilustración de la cubierta: Pere Ginard

Título original: *Tasting the sky*
A Palestinian Childhood
Traducción: Arturo Peral Santamaría

Cuarta edición: mayo de 2016
ISBN: 978-84-8343-070-5
Depósito legal: M-38988-2011
Printed in Spain
Impreso en Anzos S. L., Fuenlabrada (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Índice

Nota histórica	7
Parte I: Una carta a ninguna persona	11
Parte II: El apartado de correos de la memoria	29
Cordones de zapato	31
Refugio	41
Souma	49
Hospital	58
Lentejas	65
Pasteles	74
Regreso	80
Jerusalén	92
Jericó	100
Accidente	109
Zuraiq	116
Colegio masculino de Jalazone	126

<i>Balad</i>	136
Circuncisión	148
Colegio femenino de Jalazone	157
Seis dedos	164
Boo el elefante	171
Hogar	177
Parte III: Una carta a todo el mundo	185
Para saber más	191
Saldar la deuda con el mundo	196
Agradecimientos	197



Nota histórica

El Próximo Oriente es una zona del mundo que muchos consideran la cuna de la civilización. Hoy en día, esta antigua tierra soporta el enorme peso de la historia y pide a gritos comprensión. La lucha por Tierra Santa, o la zona que distintos pueblos llaman Israel y Palestina, está en el centro del actual conflicto del Próximo Oriente.

Muchas guerras y acontecimientos mundiales han tenido impacto en Tierra Santa en los últimos siglos y han generado la situación actual. Entre ellos, destacan: la Primera Guerra Mundial, cuya consecuencia fue la colonización europea en el Próximo Oriente; la Segunda Guerra mundial, el Holocausto y la necesidad urgente de los judíos por encontrar un hogar; la creación del Estado de Israel en un territorio habitado en su mayoría por árabes palestinos; las guerras de 1948 y 1967, que enfrentaron a varios países árabes e Israel.

El resultado de la guerra de 1948 fue el establecimiento del Estado de Israel en lo que antes fue Palestina; Cisjordania, la Franja de Gaza y Jerusalén oriental quedaron bajo dominación árabe. En junio de 1967, al terminar la Guerra de los Seis Días, Israel ocuparía y asumiría el control de estas regiones.

En el año 2007 se conmemoró el cuadragésimo aniversario de la Guerra de los Seis Días. La acción de *Saboreando el cielo* se sitúa en esta guerra y la posterior ocupación israelí. La Parte I, «Una carta a ninguna persona» transcurre en 1981 y dirige la memoria a la Guerra de los Seis Días. La Parte II, «El apartado de correos de la memoria» comienza el primer día de la Guerra de los Seis Días y se prolonga hasta 1971. La Parte III, «Una carta a todo el mundo» devuelve al lector a 1981.

El conflicto entre israelíes y palestinos es uno de lo más difíciles de nuestra época porque los dos pueblos, en sus respectivos contextos, tienen un apego fuerte y justificable a Tierra Santa. Esencialmente, este conflicto enfrenta a dos pueblos que han sufrido una historia difícil. Un gran obstáculo para resolver este conflicto parece ser la incapacidad para encontrar un terreno común que permita a ambas partes entenderse y aceptar la historia de cada uno, convirtiéndose así en compañeros. Así conseguirían alcanzar sus objetivos de paz y libertad.

Sin embargo, no se trata sólo del enfrentamiento entre dos pueblos: es además un conflicto internacional, avivado por rivalidades religiosas y étnicas así como por diversos intereses económicos y militares. Muchos países están

muy implicados con israelíes y palestinos. Pero el enfoque de alinearse con uno u otro bando, preocupándose por uno en vez de por los dos, parece empeorar el conflicto. Para resolver este conflicto, hará falta la participación constructiva de muchos pueblos del mundo. Una auténtica solución no sólo debería garantizar la libertad y la seguridad de israelíes y palestinos, sino que debería ofrecer un espacio a ambos pueblos para recuperarse de haber sido perseguidos y perseguidores. Cuando se consiga, seguramente esta solución dará enorme esperanza a toda la humanidad, ya que, hoy en día, este conflicto se ha convertido en uno de los grandes obstáculos para la paz mundial.

Para saber más sobre el Próximo Oriente y profundizar en nuestro conocimiento sobre palestinos e israelíes, debemos compartir historias. La mía es una de tantas. Juntas, estas historias pueden enseñarnos hasta qué punto la gente es interdependiente y tiene las mismas necesidades básicas. Juntas, estas historias pueden inspirarnos para unir nuestros corazones y nuestras mentes: la sabiduría colectiva puede ayudarnos a solucionar este conflicto y cualquier otro.

¿Dónde habéis estado?

¿Por qué no habéis crecido?

Si nos preguntan

diremos que se nos ha olvidado.

*Aquel que llamaba a los niños
a crecer*

*vino y se fue
sin decirnos nada.*

Traducción de la canción árabe «Ya Dara Duri Fina», de Fairuz, con letra de los hermanos Rahbani.

Parte I
Una carta a ninguna persona
1981, Surda, Cisjordania

*Como un ave que se sujeta
a los barrotes de una jaula
deseando que sean ramas,
mis dedos se agarran
al pasamanos del autobús.*

Pero yo no deseo nada.

Estoy a medio camino entre Birzeit y Ramala, en el centro de control militar israelí de Surda. Nadie sabe cuánto tiempo nuestro autobús tendrá que quedarse aquí. Hay un jeep militar aparcado transversalmente para cortar la carretera. Los soldados de otro jeep observan con las armas listas para disparar. Hay una barrera dentada junto a la señal de *stop*. Me arrepiento de haberme sentado delante.

La ventana del autobús enmarca el centro de control militar como una postal que me gustaría enviar a mis amigos por correspondencia. Me piden que les describa mi día a día. Pero no me atrevo. ¿Me contestarían si les describiera el miedo que se esconde bajo mis pies como una mina terrestre?

Un soldado sube al autobús. Se queda en el escalón más alto. Sus ojos se esconden tras unas gafas de sol, oscuras como la medianoche.

–¿A dónde? –lanza la pregunta como una piedra. Intento esconder la cabeza como una tortuga. Si no le veo, quizá él no me vea a mí.

Vuelve a preguntar. Permanezco en silencio. No creo que una estudiante de instituto como yo sea lo bastante visible o tenga la existencia suficiente para que la perciba un soldado con rifle, pistola, porra, casco y botas altas. Debe de estar hablando al hombre sentado detrás de mí.

Pero se acerca cada vez más. Su uniforme caqui y la parte trasera de su rifle me tocan. Se me hiela la sangre.

–¿A dónde? –se inclina aún más hacia mi cara. Siento que todos los pasajeros del autobús me dan codazos con su silencio.

–Ramala –digo tartamudeando.

–¿Ramala? –repite como asombrado –. *Jalas. Ma fiz Ramallah. Kullha rahat* –dice chapurreando en árabe. Las palabras suenan como si hubiesen recibido una paliza, con moretones tan oscuros que apenas puedo distinguir su significado. Pero intento ordenarlas–. Ya no hay Ramala –dice–. Ya debería haber desaparecido.

Busco los ojos del soldado, pero sus gafas de sol son muros que no me permiten ver. Intento encontrar cualquier cosa en su cara que me diga algo más sobre Ramala. ¿Qué quiere decir? ¿Estarán derribando todas las casas? ¿Y la gente? ¿Encontraré a mi padre y a mi familia? ¿Me estarán esperando? Me recorre una ventisca de miedo. Mil preguntas se agolpan en mi cabeza.

14 Hace menos de una hora tomé el autobús de Ramala a Birzeit. Ahora estoy regresando. ¿Cómo es posible que

todo desaparezca en menos de una hora? Algo me tiene que estar pasando. Quizá no sé pensar, no sé cómo entender el mundo. Hoy he elegido sentarme delante cuando tenía que haber elegido esconderme en el fondo. Tenía que haber pensado que desde el asiento delantero se ve mucho mejor lo que nos espera.

Quiero abrir la boca y dejar que mis sentimientos escapen como pájaros, dejarles migrar para siempre. Estoy esperando que el soldado se baje del autobús. Pero no lo hace.

Cuenta cuántos somos, después saca una radio y habla. No entiendo lo que dice, y en cierto modo me alegra. No quiero saber lo que dice de mí o del autobús, ni lo que piensa hacer.

Vuelve a hablar en árabe, se lleva el documento de identidad del conductor y le dice que nos lleve a todos –pasajeros ancianos, jóvenes, madres, estudiantes, a todos– al Centro de Administración Militar, refiriéndose al complejo militar compuesto por la cárcel y el patio que hay en dirección a Ramala. Sé dónde está. Se alza sobre el suelo como una maldición: grande, lúgubre, envuelto en misterio. En diez minutos nuestro autobús estará allí.

Otros soldados esperan a la entrada del complejo. Uno de ellos camina hacia la ventana del conductor y le dice que baje a todos los pasajeros, que dé media vuelta y se vaya. El conductor nos pide disculpas. Dice que si no fuera por la orden, nos esperaría el tiempo que hiciera falta. Me pregunto si tiene miedo de seguir hasta Ramala, de estar solo cuando descubra si está realmente en ruinas.

–Esperad un momento –dice–. Os devolveré el precio del billete.

Pero nadie puede esperar.

–¡Yallah! ¡Yallah! –grita un soldado–. ¡Deprisa!

Después de un segundo recuento, formamos una fila a punta de pistola y nos conducen a una zona de espera. Nos colocan contra una pared frente a la puerta principal. El complejo parece el esqueleto de un animal gigante que lleva muerto mucho tiempo. Su fachada es gris, ósea, hostil.

Sacamos nuestros documentos de identidad. Dos soldados se los llevan para comprobar si alguno de nosotros ha sido detenido en algún enfrentamiento anterior con el ejército. Nuestros documentos nos delatan. Sus tapas de plástico naranja, que indican que somos palestinos, se amontonan en la mesa como mondas de fruta.

Separan rápidamente a dos estudiantes universitarios que llevan libros pesados en las manos. Por un instante, mi sueño de ir a la universidad resulta aterrador.

–¡Manos arriba! –dice alguien, y uno de los dos soldados elige a la gente que le viene en gana para cachearles y registrar el contenido de sus bolsas y bolsillos. Se salta a las niñas y las mujeres. Nos rodea el silencio hasta que llega el turno de un adolescente que está junto a mí.

Antes de que el soldado llegue a tocarle, el muchacho empieza a reír. El sonido rompe el inquietante silencio. Al principio las carcajadas son débiles, luego se hacen tan fuertes que los soldados fuera del patio las oyen y vienen a ver qué pasa. La risa del joven es seca y nerviosa. Preocupada. Sé cómo se siente. Quiere llorar, pero a pesar de

sí mismo, a pesar de los soldados y las pistolas, sólo puede reír.

Enfadado, el soldado del registro le da un puñetazo, pero el muchacho sigue riendo como la taza rota que no puede guardar su contenido. El militar le golpea de nuevo. Ahora la carcajada zigzaguea, primero alto y luego bajo, como un ratón intentando escapar sin saber a dónde ir. Pero el soldado le propina un puntapié con su bota en la rodilla y el muchacho rompe a llorar. Se agacha por el dolor, y después es conducido al interior del edificio.

Permanecemos inmóviles como árboles: sin hablar, sin mirarnos unos a otros, sin hacer preguntas, sin pedir agua ni visitas al baño, sin sentarnos ni acucillarnos. No sabemos a qué o por qué esperamos.

Las horas se alargan como gomas elásticas que se rompen y azotan nuestra piel; las marca el tictac de las botas que van y vienen por el patio, que entran y salen del edificio.

Pongo los ojos en el guardia principal, que ahora está sentado junto a la puerta. Enciende un cigarrillo con el ascua medio apagada del anterior, se llena el pecho con el sabor del fuego, infla las mejillas como una rana y exhala aros grises que se expanden como binoculares. Nos observa a través de esta cortina de humo como si fuéramos maletas a su cargo.

Me gustaría preguntarle si puedo sacar un bolígrafo y un papel. Si me deja, podré vaciarme de lo que siento. Me distraeré del hambre, porque no he comido en todo el día. Y apuntaré detalles para mostrárselos a mi madre y así evitar su ira, siempre que Ramala no haya desaparecido realmente.

Pero algo en mi mente me dice con el dedo que no pregunte, que no cometa un error. Es un dedo como el de madre, que me recomienda volver a casa corriendo, para no tener que llegar tarde. Pero ya llevo muchas horas de retraso.

Madre siempre me dice que no hable de política. Teme que algo malo ocurra repentinamente. «*Jalas, insay, insay*», me pide con impaciencia. «Olvídalo, sólo olvídalo». Y yo obedezco. Sé menos de política que la mayoría de mis compañeros de clase. Ni siquiera me sé el orden de los colores en la bandera palestina. Algunas veces me fijo en la bandera prohibida en manifestaciones callejeras. Sólo aparece unos segundos, antes de que un soldado israelí dispare contra la mano que la sostiene. Algunas veces veo grafitis de la bandera en las paredes. Alguien las pinta por la noche y las deja para que nosotros las descubramos por la mañana. Si encuentran a alguien con la bandera de Palestina, le castigan.

Madre no quiere que mis hermanos o yo hagamos algo que pueda causarnos el menor problema con el ejército. Nos dice «*Imshy el-hayt el-hayt wu qul yallah el stireh*». Anda junto a la pared. No llames la atención. Su proverbio guía es «sé invisible siempre que puedas».

Si vuelvo a ver a madre, le contaré lo que le pasó al autobús en el centro de control. «¿Para qué fuiste a Birzeit?». Cortará el aire con las manos, como si quisiera oír mi respuesta y pegarme a la vez.

Birzeit es el lugar donde los estudiantes van a la facultad cuando terminan el instituto en Ramala. Algunos también van desde Gaza, Nablus y otras ciudades, pueblos y

campos de refugiados. En Birzeit, muchos estudiantes se hacen muy activos en política y combaten al ejército israelí. Cantan por las calles que quieren librarse de la ocupación. Pero yo no he ido para cantar por la libertad. Yo tengo mi propia libertad. Se esconde en el apartado de correos 34. Por eso voy de Ramala a Birzeit.

El apartado de correos 34 es el único lugar en el mundo que me pertenece. Primero fue de mi hermano Basel. Cuando se fue de Ramala, no quiso renunciar a él, así que me lo dio a mí. Los días que no voy a Birzeit, entierro la llave debajo de un limonero que hay cerca de mi casa. Si me muero, la llave del apartado estará bajo tierra conmigo.

Tener este apartado es como tener un país del tamaño de un minúsculo cuadrado para mí sola. Me encanta ir allí, sacar la llave de mi bolsillo, girarla dentro del cerrojo, abrir la puerta y luego meter la mano dentro y dejarla allí, aunque dentro no haya nada. Ojalá pudiera abrir mi apartado de correos todos los días. Siento que mi mano, cuando está en su interior, puede alcanzar a cualquiera que quiera ser mi amigo al otro lado del mundo.

Algunos empleados de correos en Birzeit deben ser como yo, quizá porque escribo «Gracias al cartero» en todos mis sobres. Si pasan muchos días sin que vaya a buscar las cartas, algunas veces encuentro un chicle en mi apartado. Alguien lo ha desenvuelto primero, ha escrito un verso poético alegre y lo ha vuelto a envolver. Sonriendo, salgo de la oficina de correos correteando. Mastico la frase, saboreo su significado. El papel y la tinta, la poesía y mi apartado de correos son medicamentos para curar las heridas de una vida sin libertad.

Algunos días desearía poder quedarme dentro del apartado de correos con un minúsculo cojín hecho con un sello estampado con flores. Al final del día podría taparme con una carta escrita con tinta rosa y dormir en una especie de futón hecho con un montón de cartas de mis amigos por correspondencia:

Dimitri de Grecia. Escribe de una festividad griega llamada No. Yo contesto que todos los adolescentes del mundo deberían celebrar este día. Dimitri y yo discutimos sobre el baklava. Él insiste en que es griego. Yo le aseguro que es árabe. Al final decidimos que es de los dos, porque a nuestras gentes les gusta mucho.

Luis de España. Se siente infeliz por razones que no entiendo. Su país no está ocupado y no tiene una madre severa como la mía. Pero me gusta porque siempre escribe algo sobre baloncesto. Dice que cuando sale a la cancha se olvida de todas sus preocupaciones.

Ana de Gran Bretaña. ¿Qué pasaría si escribiera «Gran» junto a «Ramala» cuando mando una carta? De Gran Ramala a Gran Bretaña. Entonces seríamos iguales. Las cartas de Ana siempre son de color blanco como la clara de huevo y tienen un sello de la reina. La miro mucho tiempo porque está muy guapa con la corona. Ana escribe de sus viajes en familia y de los libros que lee. Le gustan *Los viajes de Gulliver* y *Emilio y los detectives*; a mí también me gustan, porque Gulliver y Emilio me recuerdan a mí misma. Gulliver sabe exactamente lo que es no ser libre. Y tanto Gulliver como Emilio crean cariñosas amistades con desconocidos.

Sally, una abuela de Estados Unidos, habla de comer *turkey* el Día de Acción de Gracias. Lo entiendo mal, así que contesto: «¿Os coméis Turquía?». Ella me lo explica. Y me río porque a madre no le gusta el «gallo romano», como nosotros llamamos al pavo. Nunca dejaría que entrara uno en casa, y nunca lo cocinaría para una fiesta.

Tengo muchos amigos por correspondencia: turistas, peregrinos a Tierra Santa, estudiantes que participan en programas de amigos por correspondencia para ver el mundo a través de las palabras de otra gente. Algunos sólo escriben de vez en cuando. Otros escriben con mucha frecuencia. Pero todos me mandan pedacitos de sus vidas traducidos al inglés, idioma que llevo estudiando seis años, desde que cumplí once.

A cambio, les cuento cosas sobre mí: el colegio, los amigos, los profesores y los estudios. Describo las estaciones del año, el campo, el trigo y la recolección de aceitunas y la fiesta del Eid. Me describo a mí misma frente a un espejo de mano si no tengo una foto que enviar. Traduzco muchas palabras y frases, y también escribo sobre la lengua árabe. Explico que los verbos en árabe forman raíces que crean árboles de nombres y estructuras de palabras. *An yaktub* significa escribir. *Maktub* significa una carta escrita. *Kateba* es una escritora. *Ala-Kateba* es una máquina de escribir. *Kitab* es libro. *Maktab* es el escritorio. *Maktaba* es la biblioteca, el lugar donde se encuentran los libros. Todas estas palabras crecen a partir de la raíz verbal *kataba*. Formar palabras en árabe es como sembrar un campo o cuidar de un huerto; las palabras cuelgan de las parras